

Carta de Inglaterra

Librerías y grandes superficies

Jordi Doce

Hace algunos meses, la cadena norteamericana de librerías *Border's* preludiaba su inminente desembarco en tierras británicas anunciando la apertura de cuatro establecimientos en Londres, Oxford, Leeds y Edimburgo, extendidos a lo largo y alto de la isla con esa precisión del contable que ha echado sus cuentas en los mapas para no perderse. Como siempre que el grosero equilibrio de la fauna comercial se apresta a cambiar, el anuncio ha suscitado incontables predicciones y comentarios en prensa, en espera de que las cadenas inglesas dieran la respuesta que han dado, a medio camino entre el toque de queda y la indiferencia fingida, como han aprendido que debe comportarse el buen profesional ante la mala nueva.

Su temor es comprensible. *Border's* es el último eslabón en la cadena evolutiva de las grandes superficies del libro, algo así como el *homo sapiens* de las librerías. En sus dos o tres o cuatro pisos, dependiendo del entorno y de la clientela potencial, los libros lo reciben a uno con el perrecho de comodidades que no hace mucho se hubieran considerado inauditas: horarios de noche como los *drugstores*, sofás y sillones para que el posible comprador deje pasar el tiempo con un libro entre las manos, terminales de ordenador con acceso a los fondos de la librería, y en el centro de cada piso una cafetería para reponer las fuerzas y la cabeza. La sucursal de *Border's* en Manhattan es al parecer uno de los locales más de moda de la isla, y uno de los preferidos para el viejo arte del cortejo y la conversación galante, y no hay duda de que los responsables de la cadena esperan que sus nuevas sucursales se incorporen lo antes posible al mapa de referencias de las ciudades del Reino Unido. De ahí su cautela y la tranquilidad con que han anunciado su desembarco: en lugares como Londres, Oxford o Edimburgo, donde todo aparenta una antigüedad exagerada, incluso falsa, como si lo que ocurriera llevara ocurriendo desde hace siglos, no basta con ser novedad por un mes; hay que mimetizarse con el paisaje, adquirir maneras de gran señor, convertirse en un baluarte de la tradición o al menos parecerlo. El Reino Unido debe albergar el mayor número de *pastiche*s por metro cuadrado de toda Europa: aquí lo moderno sólo es tolerado si se parece o quiere parecerse a lo antiguo, aun si nunca lo logra, como

es el caso de los edificios neohelenistas que apadrina el Príncipe de Gales con buenos deseos pero infumable resultado. Ciertamente: esta pasión remedadora es una reacción directa a esa otra pasión por el hormigón con que los arquitectos de los años sesenta agrisaron buena parte del paisaje urbano británico (y quien haya leído la descripción del Rummidge/Birmingham de las novelas de David Lodge o visitado el norte de Inglaterra sabe bien a qué me refiero). Un exceso sigue a otro, y hay que concluir que ciertos sectores de la sociedad británica necesitan como sea del *pastiche* para reafirmarse en un pasado no se sabe si más fácil pero desde luego más glorioso. El dinero norteamericano puede haber hecho de Londres la ciudad más rica de Europa, pero ha sumido al país en el desconcierto del que no acaba de verse reflejado en el espejo, o se ve sólo a través de los ojos de los demás.

Este largo rodeo viene a cuento de la extraña ambivalencia en que viven desde hace años los británicos: por un lado, les fascinan la tradición y el ritual, que son por naturaleza exteriores y colectivos, visibles y compartidos; por otro, son oficiantes convencidos del capitalismo más extremo, que tiende a la disgregación del tejido social y los antiguos valores tradicionales: su dios es una idea de progreso como futuro irrealizable, inalcanzable, al que sin embargo se aspira con toda la fuerza del converso. El resultado es la convivencia de dos tiempos en un único decorado uniforme, construido en pocos años por la lógica incontestable de los números.

Si alguien nos soltara sin aviso en el centro de cualquier ciudad británica, a excepción de Londres y tal vez Edimburgo, nos sería imposible adivinar nuestro paradero. Simplemente, no encontraríamos claves. Sus *Hig St.* se han convertido en réplicas perfectas de una calle ideal poblada por cadenas y concesiones de mecanismo intercambiable y mercancía uniforme, hechas para una mayoría que cada vez lo es más. *Next, Dillon's, The Sock Shop, Samuels, Pizza Hut, Virgin...*, los logotipos se repiten de ciudad en ciudad con la vulgar monotonía de lo que quiere gustar a toda costa. No existe ya el tendero o el negocio particular: sus establecimientos han sido expulsados del centro y consignados al silencio espeso de la barriada o el distrito residencial, donde todavía es posible encontrar alguna ferretería al viejo estilo, o recalar en precarias tiendas de ultramarinos. Londres es diferente, sin duda, siempre lo es, pero el visitante aún conoce la sorpresa al comprobar hasta qué punto las grandes cadenas han ocupado espacios tradicionales como Picadilly o el barrio de Chelsea. Quien vive en Madrid o Barcelona ha visto iniciarse cambios semejantes y no es probable que se sorprenda demasiado; para quien viene de provincias la sombra omnipresente de las grandes cadenas es un aviso claro del tiempo que se nos viene, que es como decir que se nos echa encima.

En el terreno de los libros, que es el que nos importa, hace tiempo que los menudistas han debido buscar refugio en la librería de viejo y la venta de ocasión, porque incluso la liquidación de fondos editoriales suele correr a cuenta de los grandes almacenes. Quedan algunas modestas librerías de nuevo en Londres y algunas ciudades del norte (recuerdo ahora la entrañable y bien surtida de John Sandoe, en el 10 de Blacklands Terrace de Chelsea, donde la poesía tiene aún lugar de honor), pero son pocas, meras resistentes, mínimas capillas que reciben a una minoría cada vez más consciente de serlo. A su lado, como catedrales recorridas por una multitud afanosa, se alzan los almacenes de *Blackwell's*, *Dillons* y *Waterstone's*, las tres grandes cadenas que se reparten el mercado británico. Sus muchos pisos albergan miles de libros de todas las razas, tamaños y costumbres, expositores donde se apilan ofertas y novedades bajo los reclamos más diversos, zonas de penumbra y reatrimiento donde las horas pasan a la par que las páginas. Algunas de sus tiendas son famosas, como la *Blackwell's* de Oxford, imposible cueva de Alí Baba de todo lo publicado y se diría que por publicar, o la *Waterstone's* de Manchester, donde las lujosas ediciones de las universidades norteamericanas se dispersan tentadoras por mesas y estanterías. El poco falible olfato de los contables descubrió hace años las ventajas de combinar el poderío de la gran cadena con la rapidez de movimientos del particular, y desde entonces las sucursales de *Waterstone's* y *Blackwell's* se hallan al mando de gerentes que disfrutan de un relativo grado de autonomía, que es también, o sobre todo, la posibilidad de levantar una tienda a su medida. Horarios prolongados, decorado amable, existencias casi inagotables, rapidez en los pedidos, todo conspira para que el lector/comprador demore su salida de la librería. La cosa viene de antes, porque es casi imposible pasar ante sus escaparates y no entrar, pero por lo mismo es difícil que sus pasillos den cuenta precisa de nuestros deseos, o que el desconcierto no confunda nuestros pasos.

¿Cómo explicarlo para que se entienda? Entrar en las librerías de nuevo de este país es una experiencia a medias abotargante y melancólica. Al principio, al divisar cualquiera de estos grandes almacenes de pisos y pasillos interminables, de baldas color crema y materias ordenadas alfabéticamente, cree uno haber llegado a la culminación de sus sueños: son tantos los libros apilados, alineados, ocultos, expuestos, en oferta, sin oferta, precintados, abiertos, que la mirada se niega desde un principio a hacer cuentas y uno se pasea entre las estanterías como un aparecido, acunado por el calor de los radiadores y el tacto amortiguador de las moquetas. La sección de biografía ocupa diez estanterías, la de poesía cinco, la de *fiction* catorce. Pasado el primer mareo, uno ocupa un rincón e intenta trabajarse una

parcela mínima del almacén, con la ingenua esperanza de encontrar una guía o un punto de apoyo que nos ayude a explorar paso a paso el resto de las salas. La esperanza, más que ingenua, es, se descubre al instante, atrevida. Nunca conseguiremos abarcar tal inmensidad. Al cabo de veinte minutos, todos, clientes y empleados, empezamos a parecernos: exhibimos esa palidez acartonada que otorga la luz artificial y el exceso de páginas. Cada cual en su rincón habita un mundo diferente, una celda infranqueable construida con esos seis o siete libros que hemos entresacado de las estanterías y que nos marcan sin remedio. El exceso apabulla y entristece, pero nuestros intentos de reduccionismo no son menos tristes. Cuántas veces se encuentra uno con un libro en las manos, hojeado con interés pero sin convencimiento, para acabar devolviéndolo a su lugar y pasar al vecino. Y con cada libro va creciendo la impaciencia y la tristeza. Al final, escoge uno cualquier cosa y sale a la calle entre anestesiado y confuso, aquejado de ese peculiar hartazgo que es otra forma de la frustración.

Esto no sucede en las librerías españolas, por ejemplo, que suelen ser espacios habitables que se abarcan de una ojeada (hablo aún desde la provincia). Hay pocos libros, tal vez, pocos en comparación con los que guardan estos monstruos, pero son los suficientes. No hacen falta más. Pocos se hacen más raros, más especiales, y hacen más raro o más especial al que los mira. Uno contempla y repasa sus estanterías como contempla y repasa la propia biblioteca, atento al mínimo cambio, curioso ante las novedades, irritado si algún libro que esperábamos hallar ha desaparecido. Cada libro ha encontrado o va encontrando su lugar: dialogan entre ellos y con los clientes, lucen o deslucen, vienen y se van, pero en cada momento percibe uno su presencia, el espacio que ocupan; y ese espacio es mensurable porque la librería lo es. Puede albergar a un hombre, a dos, a quince. No a esas multitudes anónimas que serpean por las salas de la *Blackwell's* de Oxford con cara de pocos amigos. Uno en esas multitudes se pierde, y ocurre que los libros que busca también. Desde luego, tardamos en encontrarlos, aunque nos salten a los ojos.

Pero se ve que estamos atrasados y que nuestras librerías provincianas pertenecen al pleistoceno del mercado editorial, porque incluso las grandes cadenas británicas son niñas de teta comparadas con los libródromos (fea palabra que parece gustar mucho a Mario Vargas Llosa) que planea instalar *Border's*. ¿Mejorará las cosas tener sillones, cafeterías, terminales de ordenador y guarderías? Poco importa. En realidad, *Border's* es otro paso en la misma dirección, el control del mercado por un número limitado de grandes firmas. Ya no basta con que un libro sea rentable: ahora tiene que dar los mayores beneficios posibles, como rezan las leyes de los grandes